

perseguido en Santiago el invierno de 1938. En realidad por esa época integraba la comitiva del entonces candidato presidencial Pedro Aguirre Cerda en una gira de dos meses por las provincias que hoy forman las regiones Octava y Novena. Conservamos una foto donde la supuesta víctima de la represión alessandrista aparece como huésped en el fundo "Vaquería" de los hermanos Moller Bordeu, los millonarios agricultores radicales de Negrete y Renaico.

El novelista que exagera su inclinación imaginativa corre el riesgo de distorsionar su propia biografía. El cronista, en cambio, si bien trabaja con elementos desechables urgido por las prensas, deja huellas imborrables en diarios y revistas que posteriormente no pueden ser desestimadas como ayuda-memoria. Ahí está la diferencia.

Los cinco capítulos en que se divide el libro contienen remembranzas nostálgicas, visiones interpretativas despojadas de tesis y mensajes. La parte autobiográfica ubica la adolescencia estudiantil de Fernando Alegría en la calle Maruri del barrio Independencia de Santiago, con esa ausencia de literatura que Alone destacaba en las obras de González Vera y algo de esa dramática sinceridad que entusiasmó a varias generaciones en los relatos de Panait Istrati. Hay páginas de varonil sentimentalismo referidas al antiguo Instituto Pedagógico, donde enseñaron profesores de gran alcurnia intelectual que a su vez formaron maestros de indiscutida solvencia. Numerosos escritores chilenos son objeto de certeros apuntes que en el futuro deberían considerar los autores de antologías, para quitarles el carácter de simples recopilaciones frías.

Sucesivamente se van descubriendo brochazos de colorido impresionista donde desfilan Rojas Jiménez, Vicente Huidobro, Eduardo Anguita, Antonio Acevedo Hernández, Miguel Serrano, Volodia Teitelboim, Pablo Neruda, Gabriela Mistral, Benjamín Subercaseaux, Blanca Luz Brum y muchos otros. Hay jugadas con "finta", como en el fútbol, llenas de picardía, engarzadas en un lirismo distinto.

"Una especie de memoria" se lee con interés y con agrado por su amenidad, a pesar de los sobresaltos que provocan ciertas evocaciones demasiado libres o liberadas y tan ajenas al tiempo y al espacio que más parecieran "mala memoria".

TITO CASTILLO

<https://doi.org/10.29393/At450-28FPTC10028>

FRUTOS DEL PAIS

De *Julio Barrenechea*

Editorial Andrés Bello

Julio Barrenechea fue un poeta fino, delicado, hipersensible. Las vibraciones sonoras de sus romances, sonetos y poemas de verso libre resisten el paso del tiempo. Están contruidos con materiales de sólida belleza elemental, sin las transfiguraciones retorcidas de quienes pretenden llegar a la poesía como si se tratara de un mecano de complicada armadura.

Pero también escribió prosa y una infinidad de artículos de prensa que se caracteri-

zaban por el hallazgo certero de imágenes originales y un lenguaje con ritmo. Lo conocimos en la redacción de "La Hora" cuando con Salvador Reyes y Juan De Luigi Rossi amenizaban con gracia y elegancia las estridencias de la trinchera política que fue aquel gran diario fundado por Aníbal Jara. Mantenía su condición de orador fogoso que enardecía a las masas en su época de dirigente universitario durante un conflictivo período histórico; pero el revolucionario estudiantil ya no se apoyaba en Marx sino que estaba evolucionando hacia una especie de socialismo fabiano que después se acentuó en el servicio diplomático como embajador de Chile en Colombia y en India. En los últimos años de su vida fue evidente su desencanto pesimista.

Su carácter tranquilo, tolerante y revelador de armonía espiritual lo encontramos en su libro "Frutos del país", publicado por la Editorial Andrés Bello. Pero no es la primera edición como se dice, porque hace más de dos décadas apareció una con el sello de Zig-Zag. Son "trozos de vida", escenas coordinadas como un racconto fílmico en que aparecen políticos, amigos, artistas, bohemios, personajes auténticos tratados con bondad y afecto.

Estos frutos del país son parte de lo que iban a constituir las Memorias de Julio Barrenechea. Sus apuntes autobiográficos arrancan desde la infancia, sin ocultar las amarguras de la estrechez económica que la existencia familiar debió afrontar a la muerte de su padre. Se refiere sin rencor a quienes en determinados momentos lo convirtieron en un relegado por considerarlo un peligro para la tranquilidad ciudadana. Curiosamente sus relegaciones servían para animar la vida social en los pueblos de su residencia obligada y terminaba siendo amigo de sus vigilantes y de las autoridades locales. Eran otros tiempos.

A través de todo el libro se respira una grata atmósfera de buen humor personal y de humorismo literario, en un tono coloquial. Relata episodios pintorescos de recordados artistas, como lo sucedido en la Alemania nazi a los pintores chilenos Israel Roa, Isaías Cabezón y al escultor Samuel Román. Los detuvo la Gestapo, pues no podían ser sino judíos con semejantes nombres.

No oculta tampoco su admiración por don Arturo Alessandri Palma. ¿Y quién no ha sido devoto de El León que por más de medio siglo campeó en la política chilena en la primera línea de fuego y todavía sigue penando? Es el hombre con más carisma de la historia nacional y hasta sus enemigos terminaban adorándolo.

No sale gente antipática en este desfile; el calor humano es la temperatura constante. Si se lo hubiera propuesto, Julio Barrenechea habría sido también un gran novelista. En esta obra aclara algunos hechos que para ciertos historiadores continúan nebulosos. El autor de "Frutos del país" tiene la ventaja de haber sido protagonista. De modo que no hay falsificación ni elaborada ficción en lo que cuenta, ni se atribuye cosas ajenas. Es de esos libros que se leen de una sentada y que además ilustran sin pedantería.

TITO CASTILLO